

JOSÉ ZEPEDA

Entrevista a José Saramago, escritor Premio Nobel de Literatura en 1998

Cuanto más viejo, más libre

De José Saramago, Premio Nobel de Literatura en 1998, destaca su escepticismo irónico y su alto compromiso político. Su oposición a la guerra contra Irak, sus polémicas declaraciones respecto al conflicto palestino-israelí o su reciente crítica a los fusilamientos en Cuba, dan cuenta de ello. José Zepeda analiza con el autor portugués las constantes de su obra a través de un recorrido por sus libros más importantes.

El escritor de *El año de la muerte de Ricardo Reis*, *Manual de pintura y caligrafía*, *Memorial del convento*, *El evangelio según Jesucristo*, *Ensayo sobre la ceguera*, *Todos los nombres* y *La caverna*, entre otros libros, tiene ochenta años, pero no se le notan. Su aguda lucidez, su compromiso social y político, aunque a muchos les disguste, y su creación literaria ininterrumpida hacen de este octogenario un hombre envidiable. Es precisamente esa fuerza vital la causante de no pocas intranquilidades.

Pregunta: Sr. Saramago comencemos por *La caverna*. En algún momento dice usted: “uno descubre que ya no es necesario en el mundo, que creer que alguna vez lo era es la eternidad”. Se trata entonces de la vida como algo efímero, como una ilusión.

Respuesta: Yo no estoy nada seguro de que la realidad sea esto que tenemos. La realidad es algo que captamos porque tenemos órganos que nos permiten entender lo que pasa de una cierta forma. Si nuestros órganos percibieran todo distinto, a lo mejor el entorno sería otro. Pero, en este caso, cuando uno llega a la conclusión de que ya no es necesario yo creo que es algo que siempre ha ocurrido. Un niño no se plantea si es necesario o no, un adolescente tampoco, ni el hombre o la mujer en edad adulta con su trabajo, con su relación personal, con sus sentimientos de amor. Sin embargo, hay un momento en que uno se da cuenta de que el mundo sigue, y que uno ya no está ahí, y entonces es consciente de que el mundo ya no te necesita.

José Zepeda es director del servicio latinoamericano de *Radio Nederland*. Entrevista realizada en Vlissingen (Países Bajos) en septiembre de 2002

Tú has hecho lo que has hecho en tu vida, pero ahora el mundo tiene otras necesidades, otros gustos, otras tendencias y tú sigues anclado de alguna forma con tu pasado, entonces tienes que reconocer que el mundo ya no te quiere.

Esto en cuanto a la relación que uno tiene con las cosas, pero hay algo más serio y grave, que es cuando lo que uno hace ya no es necesario.

P: Usted va más allá porque dice que los seres humanos son desechables, que en algún momento el hombre o la mujer ya no sirven para este mundo y se transforman en objetos que se pueden tirar como se tira la basura.

R: Sí, sí, sí, eso creo que siempre ocurrió, pero se entendía como ley de vida. Ahora es un sistema, que un ser humano se ha convertido en algo desechable no hay más que verlo. Si hay una crisis económica, lo primero que se hace es poner a la gente de patitas en la calle, y se acabó. En lugar de reorganizar sistemas se va a la parte más débil de la estructura, que es el ser humano, y se dice: "tú ya no eres necesario, vete". Cuando, por el contrario, el ser humano debería ser la prioridad absoluta. Antes uno dejaba de ser necesario a los 60 o 70 años, pero ahora puede ocurrir que uno no sea necesario a los 35 e, implacablemente, el sistema te dice, fuera.

P: Y junto con estos seres desechables, para que el sistema funcione se necesita que exista la resignación, que los hombres y las mujeres se resignen a su destino, y lo dice usted con una frase lapidaria: "lo que no quiero es lo que no puedo, lo que no puedo es lo que no quiero". Pero, para esto hay que pagar un precio muy alto.

R: Hay que pagar un precio muy alto y lo peor de todo es que no todo el mundo puede pagarlo, porque para que uno se arriesgue a enfrentarse con un tren se necesitan unas condiciones y no todos las tienen. Entre éstas está, por ejemplo, tener un trabajo independiente, y uno casi siempre es un ser dependiente. Siempre hay dependencias directas o indirectas. El mundo siempre ha sido duro, pero es que hoy vivimos en un mundo durísimo. En el caso de *La caverna*, alguien que ha llevado toda su vida con un trabajo y llega un momento en que le dicen: "tú ya no tienes nada que ver con este mundo, porque haces lo que a nosotros no nos interesa. Por lo tanto, fuera", es impresionantemente duro. Esto ocurre todo el tiempo y lo peor de todo es que, mientras se pierden especies animales y vegetales, también se está perdiendo la utilidad del ser humano.

Cuando hablo de utilidad del ser humano significa el respeto por el ser humano. La sociedad debería aceptarlo durante toda la vida, y no como algo que tiene un tiempo de utilidad y que, terminado ese período, ese ser se descarte, se deseche.

En esto estamos, y lo peor de todo es que nos han inducido un espíritu de resignación, nadie se manifiesta. El mundo, la gente, nosotros, vivimos ahora mismo bajo el miedo, el miedo a perder el puesto de trabajo. Y si uno tiene una familia, si tiene hijos, está constantemente con ese estrés que es como tener una espada de Damocles suspendida sobre la cabeza, porque al día siguiente llegas a la empresa y te pueden entregar una carta en la que te comunican que ya no te necesitan.

Los sindicatos no tienen fuerza. El movimiento sindical internacional es una broma. ¿Qué es lo que hacen? Se sientan cuando hay que negociar un contrato colectivo de trabajo y, cuando pueden, añaden dos centésimas o dos décimas al salario.

Eso es lo que tenemos. La capacidad reivindicativa, la capacidad de protesta se ha reducido terriblemente. Yo ya tengo una edad que no me permite ver mucho más, pero me gustaría que nos diéramos cuenta que hay una exigencia ética y humana, que la gente no puede ser tratada como algo que sencillamente se tira cuando no es necesaria.

P: Usted dice que el hombre no es una isla sino un silencio, ¿por qué?

R: Bueno, se puede decir que es una isla y un silencio. Es una isla no habitada, por eso en el fondo es un silencio que interroga y que no tiene muchas respuestas. Uno se plantea, ¿qué es lo que estoy haciendo aquí? Y verdaderamente no tiene respuesta para eso. Y, ¿para qué estoy aquí? Tampoco nunca se ha encontrado respuesta. Viene la religión y te dice una cosa, viene la filosofía y te dice muchísimo, viene el sentido común y te contesta con unas cuantas cosas, pero nada de eso me satisface, y luego está el silencio de la comunicación personal. Nosotros hablamos, parece que nos comunicamos, pero en el fondo somos dos silencios. Estamos hablando aquí y ocupando el tiempo y el espacio con unas palabras, unas preguntas y unas respuestas, pero por detrás está un silencio, un silencio total que es la incapacidad real de que uno se comunique realmente con otra persona.

P: En relación a *El año de la muerte de Ricardo Rey*, usted afirma que cuando se cree en milagros ya no hay nada que esperar de la esperanza. Entonces podríamos decir que los que creen en milagros son los desesperanzados.

R: Cuando uno no tiene nada más que creer en milagros seguramente ha perdido todo. Querer o esperar o desear que ocurra algo que necesitamos es una experiencia distinta al milagro. Entonces, cuando ya no se espera nada más que un milagro para cambiar, o para entender que existe algo más que la monotonía o la tristeza u otro aspecto de la propia vida, y uno se fía de los milagros, entonces es porque ha perdido la esperanza.

El milagro sería, digamos, una intervención divina en la vida de un ser humano o en la comunidad, mientras que la esperanza es algo que todos cambiamos o intercambiamos, y vivimos de eso. Esperar un milagro es señal de una desesperanza total.

P: Sr. Saramago, para tener una actitud tan crítica con la religión, usted le ha dedicado mucho tiempo. Además de en *El evangelio según Jesucristo*, no hay novela donde no haya más de alguna referencia a la religión.

R: Sí, claro. Pensar que la religión no existe es un error. A pesar de que yo soy ateo, porque yo no creo en la existencia de un Dios, la Iglesia está allí. Muchísima gente cree en la vida eterna, hay unos cuantos dogmas que unos creen y otros no, y todo eso ha condicionado mi propia mentalidad. Aunque yo sea ateo,

mi mentalidad es realmente cristiana. Aunque yo no haya tenido ninguna educación religiosa el entorno que se respira en el aire es el cristianismo; por lo tanto, desde el punto de vista de la mentalidad, yo soy un cristiano, pero soy un ateo conscientemente. Como el poder material de la Iglesia y su práctica muy terrenal están ahí, yo me enfrento a él con todas las consecuencias. Yo me arriesgo.

P: Una última referencia con respecto a *La muerte de Ricardo Rey* y el arrepentimiento. Usted lo ve como la cosa más inútil de este tiempo. ¿Significa que para usted no hay arrepentimiento verdadero?

R: Bueno, yo no quiero decir que no hay arrepentimiento auténtico, entero, puro, pero incluso eso no adelanta nada. *El evangelio según Jesucristo* comienza con la descripción de un grabado de Durero, donde está Cristo crucificado y los dos ladrones a ambos lados. El ladrón bueno se arrepintió, y Jesús le dice “hoy mismo estarás conmigo en el paraíso”. El otro no se arrepiente porque sabe que diga lo que diga no va a anular sus acciones y lo que ha hecho lo acompañará hasta el último día de su vida.

Hay un personaje que yo admiro muchísimo que es don Giovanni. Éste, que es un canalla, en el último momento de su vida, cuando el gobernador quiere exigirle que se arrepienta, dice que no y se va al infierno. Es esa dignidad humana que dice “yo tengo que aguantar con mis culpas, y si la palabra perdón o la palabra arrepentimiento fueran suficientes para borrar todo lo que yo he hecho en la vida, entonces todo sería muy fácil; yo hago todo lo que quiero y llega el momento en que digo perdón”.

Pedir perdón se ha convertido ahora en una moda de los políticos. Hasta el Papa pide perdón porque la Iglesia ha hecho la inquisición. Pero creo que es mucho más correcto decir: yo me equivoqué o nos equivocamos, y no tengo más remedio que aguantar. Si a usted le sirve de algo que yo pida perdón, yo lo pido, pero mi conciencia me dice que el perdón que yo os pido no sirve de nada, porque yo llevo conmigo lo bueno y lo malo que he hecho en mi vida, y tengo que aguantarme con ello.

P: Sr. Saramago, hay mucha gente que cree que a los 14-15 años el que no es revolucionario tiene hasta una contradicción biológica. Luego, hacia los 24-25 años comienza a relativizarse la situación. A los 30, y muchos otros antes, se llega al llamado aburguesamiento. Usted tiene 80 años y no ha recorrido en absoluto ese camino, se ha mantenido “en sus trece”.

R: No, no, no. Yo no estoy tan seguro de que a los 14 ó 15 años, era el año 1937, yo fuera un revolucionario. Seguro que no lo era. Viví en una familia pobre y muy limitada en lo económico y cultural. La entrada en la política y la acción clandestina tuvieron lugar más tarde. Lo cierto es que dentro de dos meses yo cumpliré 80 años y hace un tiempo alguien me preguntaba, y usted, ¿cómo se definiría? Buscar una definición de uno mismo no es fácil, yo prefiero decir cómo me miro a mi mismo. Entonces yo diría: “cuanto más viejo, más libre, y cuanto más libre más radical”.

Yo agradezco a la vida o a las circunstancias que la edad —la vejez, para decir la palabra correcta— no me ha amargado. Y es que tengo muy buena salud, mi cabeza funciona, mi cuerpo funciona, mi capacidad de indignación y de protes-

ta se mantiene intacta, mi capacidad de trabajo no ha disminuido. He terminado hace dos semanas una novela. Entonces lo único que yo puedo sentir, aunque no sé cuanto tiempo durará, es que soy libre y estoy vivo, y quizá como nunca, precisamente por ese sentido de libertad.

Yo me permito decir lo que yo quiera en cualquier circunstancia y a quien sea, y si hay consecuencias para aguantar, pues aquí estoy para aguantar. A mi nadie me calla. Que no lo intenten siquiera porque no lo lograrán. Haber llegado a los 80 años y poder no solo decir esto o estar viviendo, es un privilegio que yo no cambiaría por nada.

P: Una aparente contradicción: cuando usted termina *Ensayo sobre la ceguera*, lo hace, y se lo digo como lector, con un particular optimismo, en el sentido de que la gente que dejó de ver recupera la vista. Pero luego he leído en un diálogo con Ignacio Ramonet, que usted dice “¿pero qué sacamos con esto? Nos reunimos, decimos muchas cosas, hablamos en muchos seminarios, es cierto, pero, ¿qué logramos con esto”. Hay una suerte de escepticismo.

R: No. Eso que nosotros llamamos escepticismo es algo que yo llevo dentro desde siempre. A mí me dicen que yo soy un pesimista, un escéptico, y yo digo que sí, porque el mundo no me da ningún motivo para ser optimista. Cada cuatro segundos en este planeta una persona muere de hambre. Así que no hay derecho para que alguien diga que es optimista. Puede que lo sea en su vida particular si tiene salud, empleo, una familia. Son motivos para ser optimista, pero no puede quedarse mirando sólo a los suyos, tiene que observar qué es lo que pasa en su entorno. Cuando en un tiempo como éste en el que tratan de ir a la Luna, a Marte, yo tengo que decir, aunque pueda parecer reaccionario, me arriesgo como siempre, que a mí la aventura espacial me importa un pepino, porque antes yo había hecho un referencia a la prioridad absoluta que es el ser humano. Lo obsceno no es la pornografía, sino que alguien se pueda morir de hambre. Que ocurriera en la Edad Media, bueno, no teníamos medios, cada uno debía aguantar su palo, pero ahora, las condiciones para que eso no ocurra existen. La eventualidad de un desastre mundial a nivel ecológico, climático, social es una desgracia, en parte por culpa nuestra, y no estamos haciendo nada para impedirlo o para que no evolucione hacia el desastre.

P: Según usted *Ensayo sobre la ceguera* termina con una nota optimista. Pero, la última frase de la novela, cuando la mujer del oculista se acerca a la ventana, mira al cielo y lo ve todo blanco, ella cree que cuando todos estamos recuperando la visión, ella la pierde, y entonces baja la mirada y dice: “La ciudad aún estaba allí”. El final es el siguiente: “¿habéis aprendido la lección? La ciudad todavía está aquí. Si habéis aprendido la lección, esto no volverá a ocurrir. Yo, ciudad, que es el lugar donde vosotros vivís, todavía estoy aquí, esperando.” Lo que se dice es que si no cambiamos, no recuperaremos jamás la vista.

Pero puede ocurrir que la ceguera sea mundial o que no haya nadie, tiempo o circunstancias para que alguien se pregunte ¿adónde vamos?

R: En definitiva, lo que nos ha tomado milenios de tiempo para formar lo que llamamos una inteligencia, una razón, algo que supuestamente tendría que estar allí para defender nuestra vida y la vida en general, aparece como ausente pues estamos haciendo justo lo contrario. Da la sensación de que estamos dementes.

Yo tengo una teoría para volver a Dios, y es que Dios cuando creó el universo su idea inicial era crearlo para el ser humano. Durante un tiempo el ser humano pobló todo el universo, y sobre esa idea adquiere sentido su obra. Si Dios inventa algo, que llamamos universo, para poner su creación más perfecta que es el ser humano en un planetita insignificante que es éste, entonces no tiene sentido. El universo ha sido creado para el hombre, y así ha ocurrido. Pero Dios se dio cuenta de que nosotros estábamos destruyendo el universo. Entonces, para salvarlo recogió todos los seres humanos que tenía dispersos por el universo y los puso aquí, en la Tierra. Era como decir: si algo tenéis que destruir porque sois destructores por ocasión, no porque yo Dios lo quiera, entonces allí hay un planetita pequeño, y haced lo que queráis de él.

Lo curioso es que parece que Dios ahora está bastante preocupado con la idea de que podemos viajar por el espacio, ocupemos otra vez el universo y nos lo carguemos definitivamente. Todo esto es una broma, pero es una broma muy seria.

Si nos paramos a pensar, deberíamos emplear la capacidad que tenemos para alguna cosa constructiva, porque en este momento, el dominio, el poder es la obsesión de todo el mundo. El triunfo. Si tú no triunfas eres un imbécil, y para triunfar tienes que hacerlo todo. La ética, la moral, tíralas a la basura porque lo que importa es que triunfes. Pero, el triunfo así no vale la pena.

El respeto humano no está ahí para decir que tú eres una persona sola en medio de seis mil millones que ahora son la descendencia. No hay una forma de entender, de respetar, porque, en el fondo, el cristianismo nos ha dicho que deberíamos amarnos los unos a los otros y eso no funcionó. Deberíamos amarnos los unos a los otros desde el principio, desde la niñez. Deberíamos respetarnos los unos a los otros, pero aún así no estoy seguro de nada porque parece que llevamos dentro la envidia, la ambición, esa necesidad cada vez mayor de tener y tener, como si fuera para eso por lo que estamos aquí. Y volvemos al principio, ¿para qué estamos aquí?

Cuando se termine todo, porque un día el sol se apagará, nadie más podrá oír hablar de Homero. Se acabará todo, la Capilla Sixtina desaparecerá, todo se convertirá en nada. Habremos sido un pequeño episodio en el tiempo, que habrá durado millones de años pero, qué importancia tendrá lo que hemos hecho en esos millones de años.

P: Sí, de acuerdo, pero ¿y mientras estamos?

R: Mientras estamos aquí construyamos una vida digna. Se puede decir que yo soy demasiado pesimista, pero si todo el mundo fuera pesimista el mundo ya habría cambiado. Hay unos cuantos optimistas que lo impiden, porque están tan contentos con la vida que no nos permiten a los pesimistas decir: "esto está malo, hay que cambiarlo". Y ellos replican: "ah, no, esto está estupendo". Pero, la ciudad todavía está ahí, esperando, ese es nuestro problema. Podemos corregir lo que está equivocado, lo que es erróneo y lo que es criminal, pero no lo hacemos.